

Los precursores del socialismo

Juan Valero

EL presente estudio, corto por necesidad, no puede ser un análisis profundo y completo del tema, tan sólo una iniciación a su estudio.

Lamentablemente, tendremos que olvidar a muchos hombres que con justeza deberían figurar entre los socialistas utópicos, para poder centrarnos en los principales, que son reflejo de los demás también. Así pues, en este estudio no entran hombres como Godwin, Paine, Hall, Bray, Buchez, Weitling, Sismondi, Pecqueur...

Sería imposible comenzar a hablar ya de los socialistas utópicos, sin antes rendir homenaje, aunque sea mínimo a aquéllos que en los siglos anteriores iniciaron estas ideas, y las introdujeron en la historia del socialismo.

Me refiero a Tomás Moro, en el siglo XVI. A Campanella, Mably y Morelli en el siglo XVII, y a Rousseau en el siglo XVIII.

Estos hombres no pueden ser clasificados como socialistas, pues a pesar de su actitud no concebían una sociedad socializada. Su crítica era más bien moral, contra las diferencias sociales, contra el lujo y la riqueza.

Eran reformadores utópicos y sus teorías no tuvieron ninguna relación con ningún movimiento social. Se limitaban a criticar una situación que le parecía injusta, a soñar con una sociedad mejor, sin traspasar nunca el umbral de la realidad.

Entremos pues, en el estudio sin más preámbulos.

Los pioneros

«Existe opresión cuando una minoría ociosa y ahíta vive de una mayoría que se priva y se agota. Nadie puede privar a otro de la instrucción que le da la felicidad. El fin de la revolución es eliminar la desigualdad y crear la felicidad común».

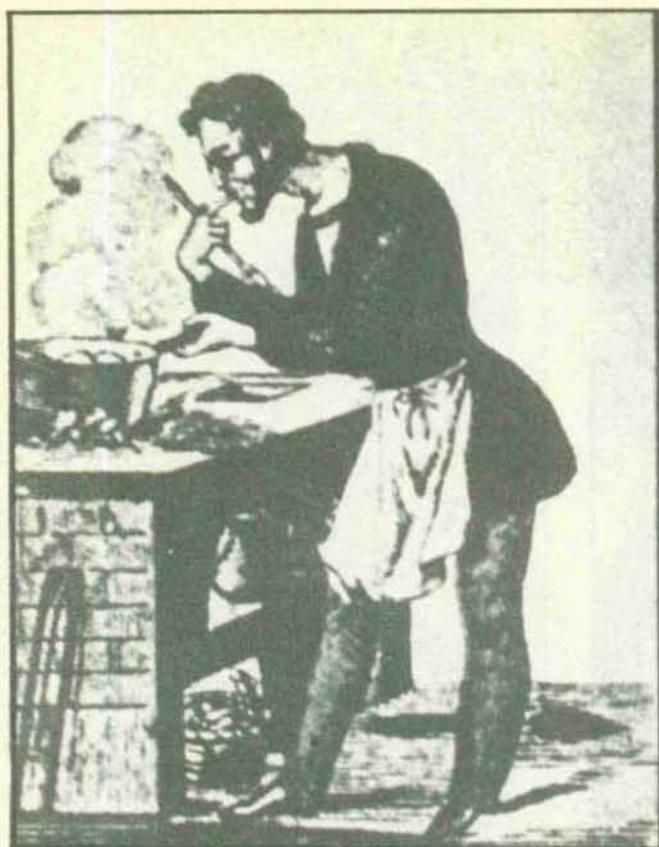
Esta frase pertenece al fundador e introductor de la idea

del socialismo en la historia revolucionaria, François-Noël Babeuf (1760-1797), guillotinado a los 37 años cuando aún no había dado fin ni a su obra ni a su labor revolucionaria.

Fue el aglutinante de todo el sector más radical de la Revolución Francesa que acusaba a los antiguos dirigentes de «traición». Babeuf reclutó con esta idea a quien serán sus compañeros hasta la muerte, Ger-

main, Darthé... aunque ninguno hizo tanto como el hombre a quien conoció en la cárcel de Plesis, Philippe Buonarroti (1761-1837), descendiente del famoso Miguel Ángel.

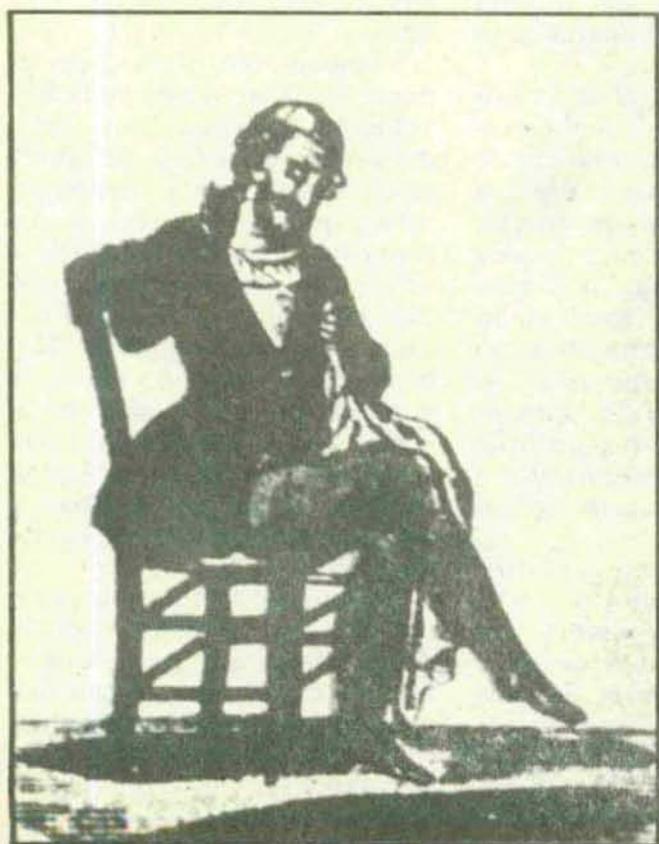
Juntos fundaron la «Société du Pantheon», donde se formó el Comité Insurreccional tendiente a reemplazar el poder de los «nuevos ricos» de 1789. Este Comité, formado bajo las ideas de Babeuf pretendía una



Saint-Simonien faisant la cuisine



Le Père Enfantin, Chef de la Religion Saint-Simonienne.



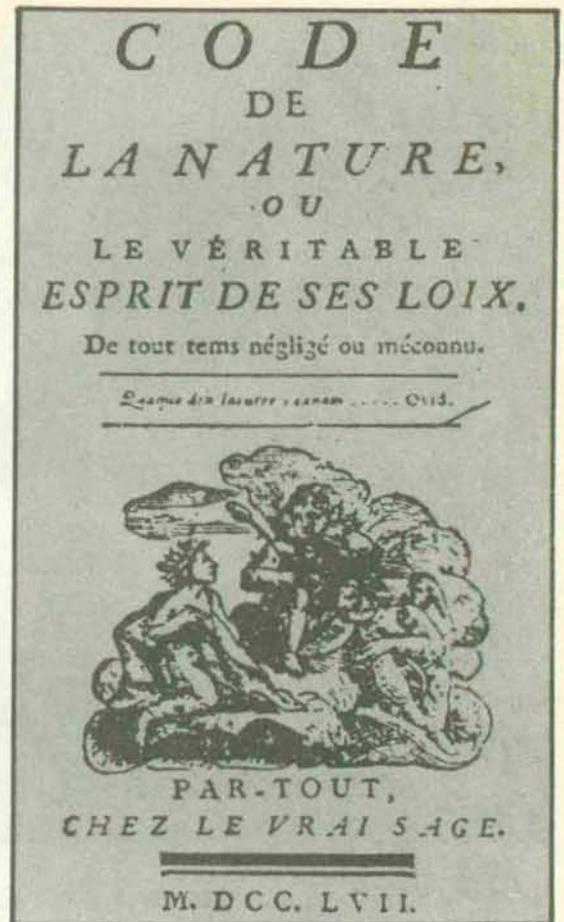
Saint-Simonien Linger.



Saint-Simonien revenant des Marchés.



Tomás Moro, canciller de Inglaterra y autor de «Utopía» (1478-1535). Cuadro de Holbein el Joven.



Portada de la obra de Morelly, «Código de la Naturaleza» (1757).

insurrección violenta que ocupara por la fuerza de las armas el poder.

En 1797 todo estaba preparado. Babeuf soñaba incluso con la anulación del dinero, el «corruptor universal» como él lo llama. Se piensa tomar todos los puntos neurálgicos: correos, telégrafos, tesorería... pero el directorio descubre el plan y comienzan las detenciones.

No es difícil abortar el plan, pues aunque Babeuf confiaba en el apoyo de los obreros de París, la verdad es que aquello más que una insurrección, era un complot reducido. El 25 de mayo de 1797, una vez sofocada la revuelta que causó más de 30 víctimas comienza el proceso contra los detenidos, en el que Babeuf y Darthé son condenados a muerte.

El juicio estuvo a punto de convertirse en un ataque frontal al Directorio y tanto Babeuf como Buonarrotti fueron obligados a callar varias veces.

Babeuf escribe sus últimas cartas... una a Sepeletier y otra a su familia...

«Aunque no lo sabía a ciencia cierta, no creía que me costaría tanto ver la disolución de mi ser. Por más que se diga, la naturaleza es siempre fuerte. Sin embargo, espero poder conservar energía suficiente para sostenerme, como debo hacerlo, en mi última hora, no se me puede pedir más...», mensaje que como dice Desanti «es el más sincero y puro de los mensajes de sentenciados a muerte, exento de toda ficción de heroísmo».

La carta a su familia la dirige en otros términos:

«Amigos míos, familia, espero que os acordéis de mí y que me mencionéis en vuestras conversaciones. Espero que creáis que os he amado mucho a todos. No concebí otro modo de haceros felices sino a través de la felicidad común. He fracasado, me he sacrificado y muero por vosotros. Adiós,

adiós... diez millones de veces adiós.»

François-Noël Babeuf pertenecía al ala izquierda de la Revolución francesa. Su espíritu de justicia, heredado de Mably es en cierta medida, menos absurdo que en el resto de los utopistas. En sus obras refleja una serie de posiciones que más tarde serían asumidas por los socialistas científicos. Hablaba de la supresión de clases y hasta que se consiguiera el «reino de la justicia» era necesario un período en el que se obligara a los de «arriba» a respetar los derechos de los de «abajo».

Babeuf confiaba en la victoria de una revuelta, surgida desde abajo que impusiera el reparto de la tierra, la satisfacción de las necesidades primarias... que son dos ideas fundamentales y capitales de su obra.

No sólo creó, junto con Buonarrotti la conciencia de justicia en las capas más bajas de la so-

ciudad, sino que intuyeron la «inevitabilidad» de ésta.

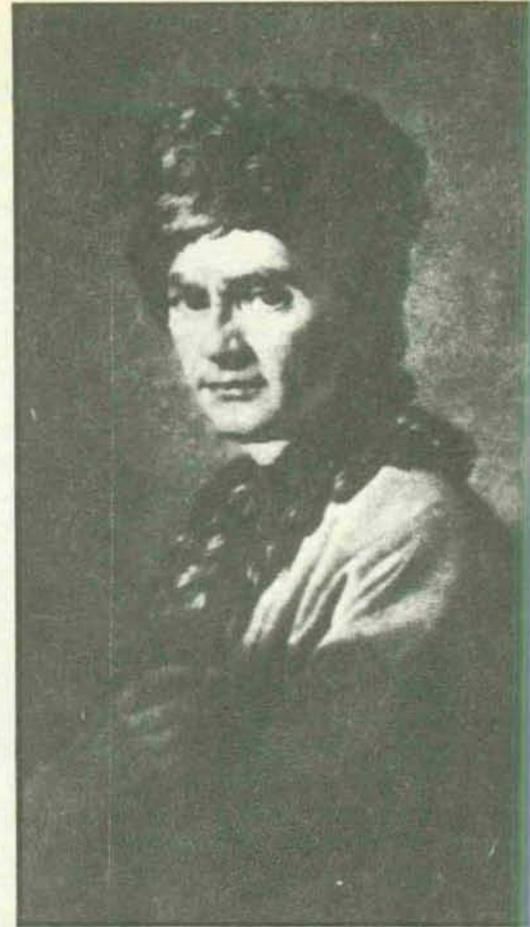
«Pretendemos la igualdad y no importa a qué precio. Conquistaremos la igualdad real. ¡Ay de aquéllos que se interpongan en nuestro camino! El pueblo ha pasado por encima de los cuerpos del rey y los curas amotinados contra él: así sucederá con los nuevos tiranos, con los nuevos tartufos políticos sentados en el sitial de los viejos.»

La burguesía triunfante en

1789, que arrastró con ella las ansias de libertad del pueblo, con el fin de aniquilar el poder de los señores feudales y del clero, llevaba consigo su propia contradicción. Frente a la burguesía surge un nuevo enemigo: el proletariado. 1830, 1848 son fechas relevantes del inicio de esta nueva lucha, pero no cabe duda de que en 1797 un hombre confió en ese germen, a él dedicó sus esfuerzos y por él entregó su vida. Ese hombre era Babeuf.



Tomás Campanella (1568-1639), autor de la utopía «Civitas solis» («La Ciudad del Sol»). Retrato al aguafuerte.



Jean-Jacques Rousseau (1712-1778). Autor de «El Contrato social» y el «Discurso sobre el origen de la desigualdad», entre otras obras. (Grabado de D. Marsin.)

Una respuesta francesa

A pesar de que la revolución económica, la revolución industrial se produjera primero en Inglaterra de donde pasa a Bélgica, Alemania y Francia, fue en este último país, Francia, donde se generaron las primeras protestas. Una vez sofocada la «Rebelión de los Iguales» de Babeuf, Francia tuvo una época en la que no hubo grandes disturbios, hasta 1830. A esta época pertenece uno de los tres (los otros dos son Fourier y Owen), grandes socialistas utópicos: Henri de Saint-Simon (1760-1825).

Aunque, como veremos más adelante, el término «socialista» es aplicado a Saint-Simon con mucha generosidad, si bien hay que reconocer que sus ideas influenciaron a los socialistas anteriores.

Saint-Simon, que procede de familia con una posición social muy elevada, desde muy joven adopta una posición liberal. Abandona su posición económica y marcha a América a luchar por la independencia. Allí adquiere dos principios que serán fundamentales en toda su obra. Primero el interés por la ciencia y segundo, la necesidad de que no existan «ociosos».

Su interés por la ciencia le lleva a supervalorar todo lo que signifique saber y él mismo destacó en varios proyectos cómo, por ejemplo, hacer llegar el mar hasta Madrid, proyectó que fue rechazado por el rey.

En España precisamente, mientras proyectaba llevar el mar hasta Madrid, le sorprende la Revolución francesa, en la que no colabora pero de la que hereda la mayor parte de sus ideas. Rápidamente se traslada a París y ve la revolu-

ción como «la gran conmoción universal que acarreará un mundo infinitamente mejor». En ello, en la creación de ese mundo, Saint-Simon se dispone a trabajar.

Desde sus primeras obras «Cartas ginebrinas» escritas en 1802 Saint-Simon expone su ideal de sociedad: Una sociedad donde todos trabajen, en cualquiera de las tres ramas: industriales, obreros y artistas. Los industriales son para Saint-Simon los dueños de la industria y muy especialmente los banqueros, a los que como veremos da una importancia fundamental. Entre los artistas engloba también a los científicos. Para él todos son «productores» sin diferencias entre ellos. Los únicos que no merecían la vida eran los ociosos.

La sociedad de Saint-Simon se regirá por un gran Banco Central, controlado por los banqueros que dará créditos a

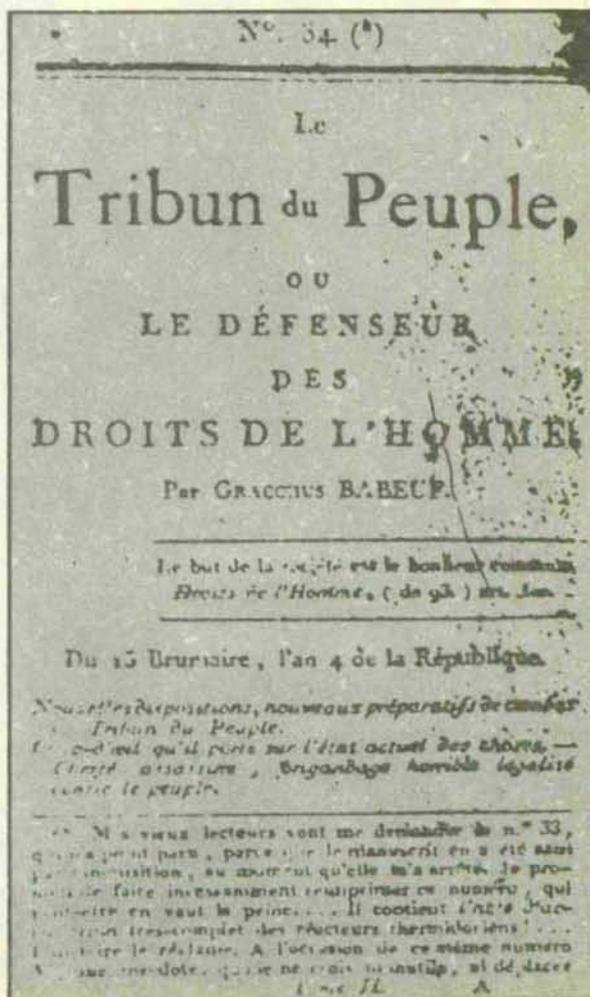
los industriales. La sociedad será totalmente ordenada, estructurada y con el buen reparto y la equidad que proporcionará la educación.

En Saint-Simon se traslucen muchas ideas, que posteriormente serán transformadas por los socialistas científicos. Su noción de «centralización» de la producción, de «control y equidad» en la producción. Para Saint-Simon las relaciones sociales eran un problema científico, había que estudiarlas como cualquier otro tema referente a la ciencia. No en vano, su más fiel seguidor, Comte, fue el introductor del término «sociología».

Saint-Simon no nombra nunca el problema de las clases, se queja, muy raras veces, de que la mayoría es pobre, pero no plantea nunca la necesidad de derechos políticos. Es más, colaborará con cualquier tipo de gobierno, para él patronos y



François Babeuf (1760-1797), jefe de la «Conjura de los Iguales».



Primera página del periódico de Babeuf.

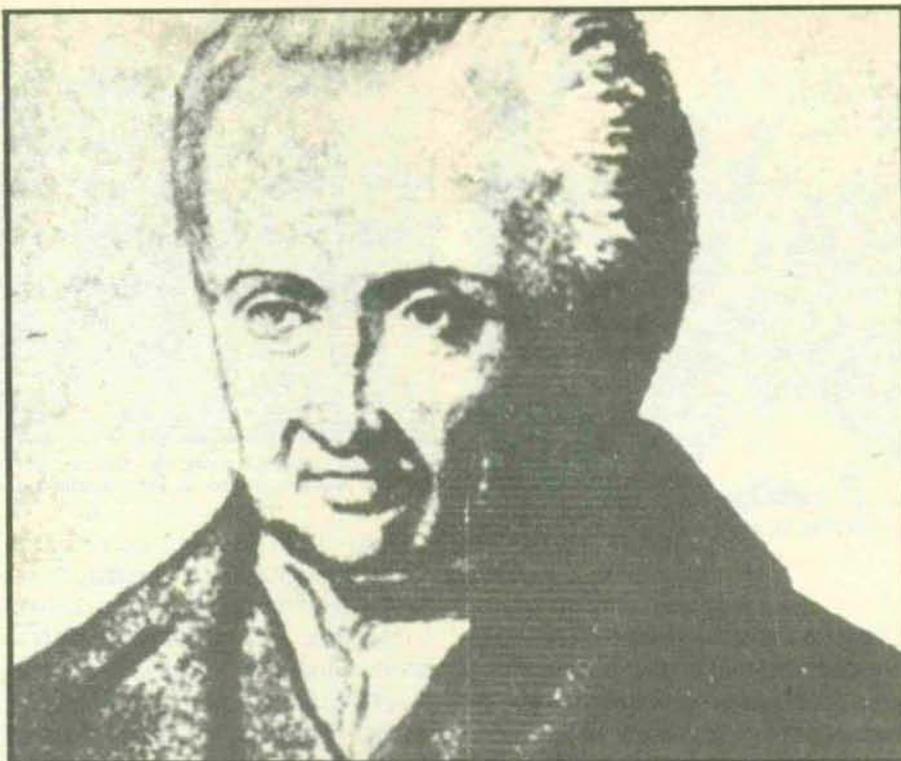
obreros eran «productores» no había pues razón para enfrentamientos.

La sociedad saintsimoniana es una sociedad planificada, donde todos trabajan y cooperan y donde a cada cual se le retribuye con respecto a lo que aporta.

Los seguidores de Saint-Simon, reclutados en su mayoría en la Escuela de Ingenieros Enfantin: Olinde Rodrigues, Comte, interpretan cada cual las ideas del maestro.

Comte caminó hacia ideas de justicia, de mayor reparto social, ése es el mensaje que extrajo de Saint-Simon. Sin embargo, el ingeniero Enfantin, junto con varios banqueros e industriales... se dedicaron a la creación de un banco central. Ninguno tuvo éxito entre los obreros, pues ese ignorar la «lucha de clases» les creaba mucha desconfianza.

Sin embargo, otros seguidores como Bazard y Buchez, se alejaron pronto de esta escuela



Philippe Buonarroti (1761-1837). Jefe con Babeuf de la «Conjuración de los Iguales».

y fueron a parar posteriormente a organizaciones socialistas.

A modo de resumen, diremos que Saint-Simon tenía

ideas confusas. Muchos elementos negativos, entre los que destacan por un lado su desprecio por la capacidad po-

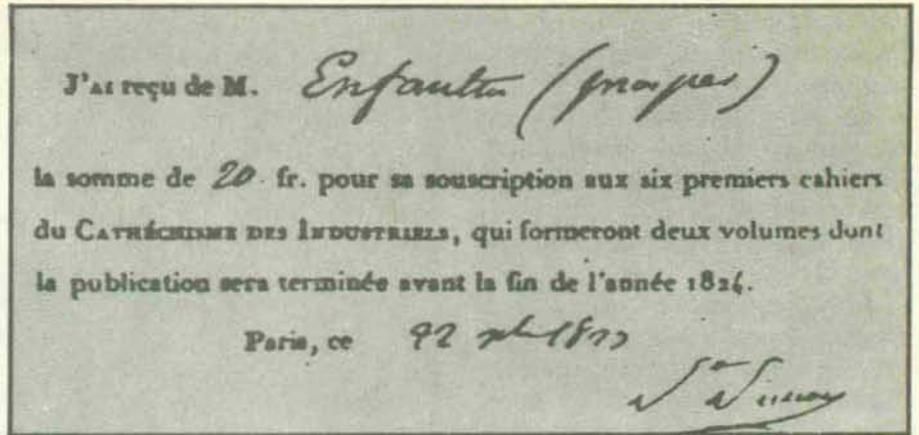


Alegoría del himno revolucionario «La Marseillaise», de Gustavo Doré.



Claude-Henri, conde de Saint-Simon (1760-1825).

lítica de las capas populares y su enemistad por la democracia. Por otro, el creer que los banqueros y grandes industriales como guías de los demás. Saint-Simon no daba importancia a tipo de gobierno que dominara ya fuese monarquía, burgués, sino a la planificación de la economía.



Un recibo extendido por Saint-Simon a Prosper Enfantin, que había abonado el importe de los primeros seis cuadernos del «Catecismo de los industriales».

Pero justo es que reconozcamos las grandes aportaciones de este «ingeniero» a la teoría socialista: la exaltación del trabajo y los derechos de los productores a una retribución equitativa, su oposición a la ociosidad y a la herencia, su insistencia en una planificación económica y por último, su interés en que la sociedad se preocupe en esa clase «más numerosa y más pobre».

Un emancipador de la mujer

«La extensión de los privilegios de las mujeres es el principio general de todos los progresos sociales. No en vano, la emancipación de la mujer es el barómetro de la emancipación de la sociedad.» Así concebía Charles Fourier (1772-1837) la liberación de la mujer, descendiente de una familia de comerciantes abandonó cuando pudo esa «horrible profesión que me ha marcado la sociedad».

Fourier, que junto con Saint-Simon se abstuvo de participar en la Revolución francesa, creó otra escuela de socialismo utópico, reñida con la saint-simoniana. Su interés se refleja desde el principio en el estudio de los problemas más sencillos. Se plantea como principal problema la «naturaleza humana» y de este estudio saca sus primeras conclusiones.

Se opuso, al contrario que Saint-Simon a la industrialización, a la producción a gran escala. Consideraba como más importante la agricultura, destacó en su énfasis en la necesidad de que cada uno trabajara en el puesto que le agradara.

Se opuso a la especialización. Cada persona tenía que realizar diferentes tipos de trabajos y todo esto lo concebía a través de la creación de comunidades.

La sociedad, explicaba, debía estar organizada en comu-



B. Prosper Enfantin (1796-1864). En su mesa las tres fuentes de una nueva religión: La Biblia, el Corán y las obras de Saint-Simon.

nidades, que él llamó «falansterios» que eran una especie de comunidad mixta agrícola-industrial, aunque predominase la agricultura.

Estos falansterios estarían compuestos por unas 1.600 personas, suficientes según Fourier, para que cada persona satisficiera sus necesidades tanto intelectuales, como recreativas, como de trabajo.

Especial interés posee en la obra de Fourier su preocupación por los problemas sociales, la mujer, la educación, la sexualidad...

Charles Fourier tampoco se apegó a ningún movimiento social. Era característica suya, igual que en Saint-Simon, el odio a la violencia.

Fourier respetaba la propiedad privada, es más, no estaba de acuerdo con la total igualdad de los hombres. Consideraba que el que unos perciban más que otros es justo.

Es muy curiosa la aportación que hace al funcionamiento de un falansterio: Si la riqueza obtenida de la producción era 12. Fourier pensaba que 5 eran para el trabajo realizado, 4 para los que habían puesto el capital y 3 para habilidades especiales tales como gerencia, trabajos penosos... A veces varió las cifras concediendo 6 para el trabajo y 2 para habilidades especiales, pero permaneciendo inalterable los 4 para el capital.

Cuando tenía ya acabado su plan de falansterios se dedicó a buscar un mecenas que ofreciera dinero para comenzar el primer ensayo. Y cuentan sus biógrafos, todos coinciden en que estuvo durante años acudiendo a comer al mismo restaurante esperando a que alguno de los 4.000 hombres que citó acudiera. Nadie le hizo caso. Los falansterios fueron obra de sus discípulos quienes los extendieron por Estados Unidos, Rusia, Rumanía y España.

Al final de su vida se volvió loco. Sus últimas obras están llenas de barbaridades pero es

malintencionado quien asegura que Fourier era un pensador trastornado. Charles Fourier era un filósofo y un pensador socialista serio. La profundidad de sus planteamientos, esencialmente los que abordan problemas sociales es difícil de encontrar en aquella época.

Su más conocido discípulo fue Victor Considerant que llevó las ideas del maestro atravesando fronteras. Mejoró su obra y en el libro «Principe du Socialisme» (1847), adelanta algunas de las ideas que Marx razonara más adelante. Considerant participó activamente en el movimiento que culminó en la revolución de 1848.

Fourier fue un sagaz crítico, aunque hoy se le tilde de visionario. En algunas ocasiones hace gala de una aguda inteligencia. «La pobreza brota de la misma abundancia», escribe en su primera obra. Sus ideas fueron recogidas años atrás e influenciaron especialmente en Alemania. Fue un crítico de

sus dos compañeros (Saint-Simon y Owen), a quienes no perdonó el que le plagiaran, según él.

«Hoy se hará un experimento, con 1.6000 hombres, mañana el mundo será la agrupación de millones de falansterios...» Por algo fue... un socialista utópico.

Un crítico de la Revolución industrial

Richard Owen (1771-1858) fue la respuesta inglesa al capitalismo, quizá algo diferente a su contemporánea francesa.

Owen, hijo de familia pobre, comenzó trabajando de aprendiz en una fábrica. Poco a poco fue cambiando de posición social hasta llegar a convertirse en socio de una fábrica de Manchester donde tiene sus primeras experiencias.

Muy influenciado por las



Charles Fourier (1772-1837).



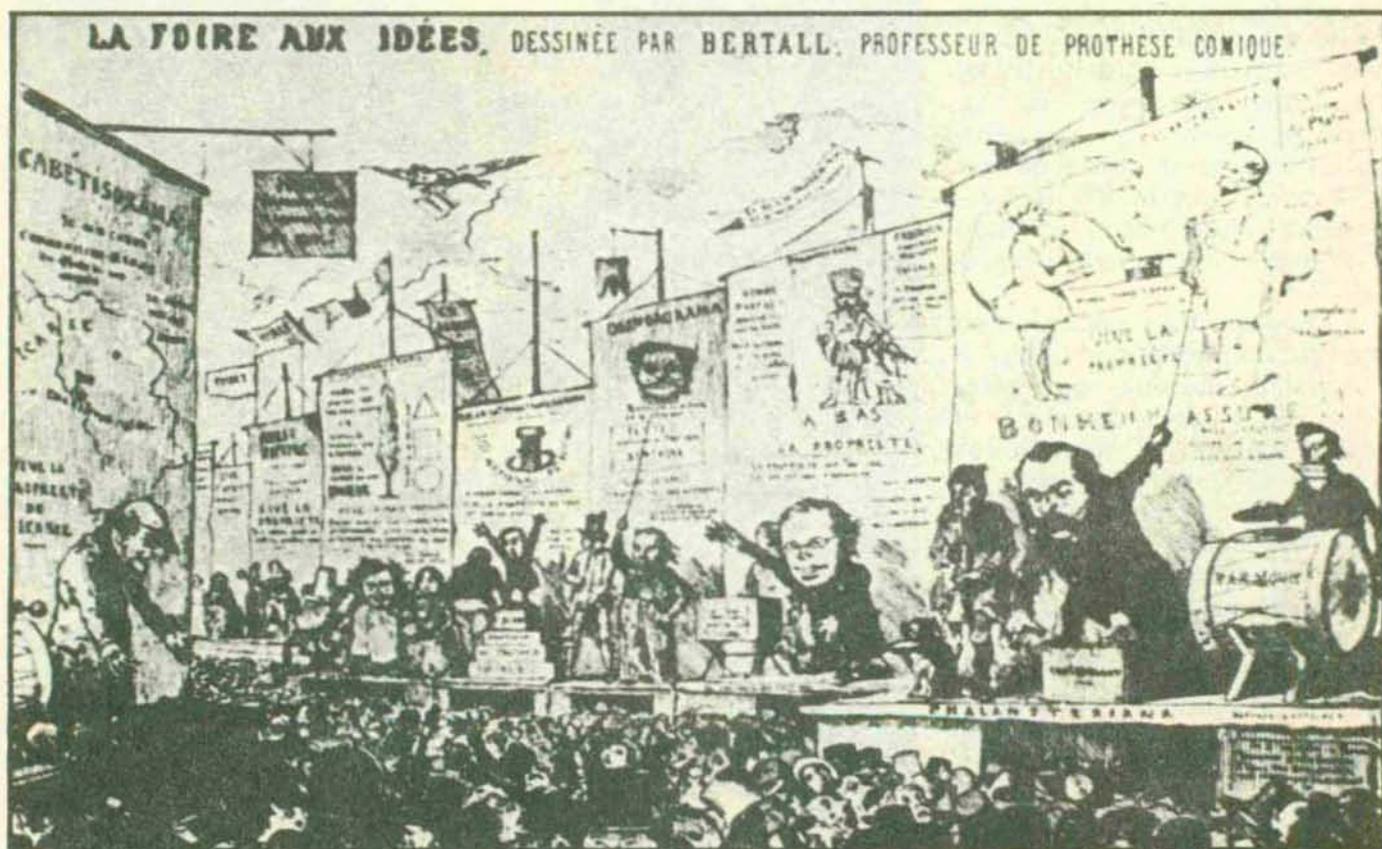
Caricatura de Victor Considérant (1808-1893).

doctrinas de los filósofos del siglo XVII y XVIII, Owen trata de llevar esas ideas a la práctica. El fracaso en la fábrica de Manchester no tiene gran importancia para él, lo achaca a la «irracionalidad de la sociedad».

No contento ni satisfecho con la experiencia, logra convertirse en director de una fábrica de Escocia, «New Lanark» y aquí tiene la experiencia renovadora más importante de su vida.

«New Lanark» es convertida por Owen en una verdadera colonia de 2.500 obreros. Allí trata de solucionar los problemas que los obreros de la fábrica tenían y crea unas condiciones de trabajo que superan con mucho a las de las fábricas de alrededor.

Quizá con un cierto tono paternalista «New Lanark» crea todo tipo de mejoras: jornadas de 10 horas, mientras que alrededor se trabajaba 14. Escuelas gratuitas para los hijos de los obreros en una época en la



Caricatura sobre las diversas escuelas socialistas y comunistas de la época.

que estudiar era considerado un privilegio...

A pesar de esto Owen no queda satisfecho e intenta llevar más lejos sus ideas. Cuando sobrevino la gran crisis algodonera Owen tuvo que cerrar la fábrica durante 4 meses. Los obreros siguieron cobrando su jornal completo, pero a partir de aquí se le fueron poniendo trabas, principalmente por parte de sus competidores que no hacían sino mofarse de él.

En 1823 crea un proyecto de socializar Irlanda, esto hace llevarse las manos a la cabeza a los poderosos industriales quienes logran que Owen fracase y se venga abajo.

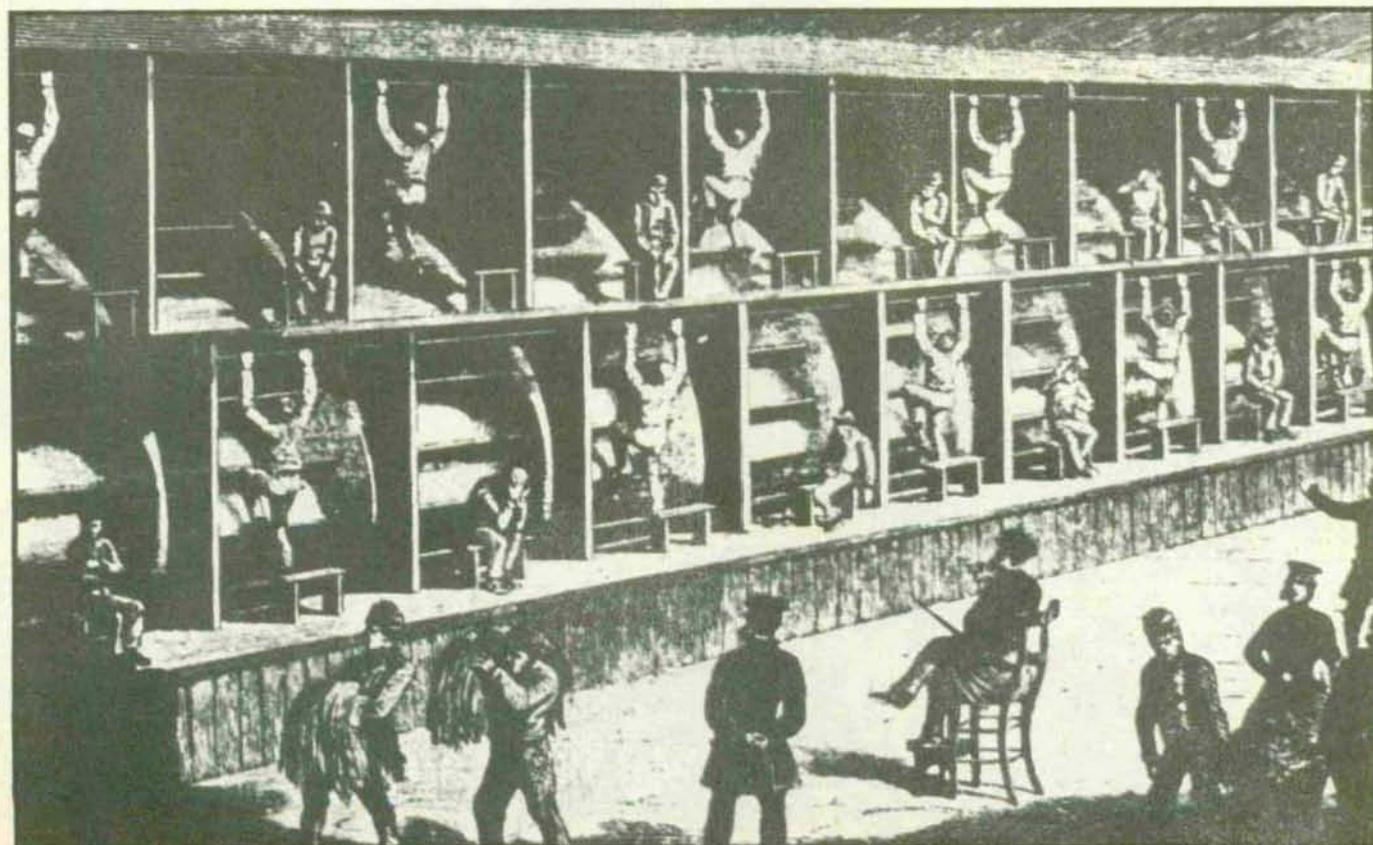
Desesperado Owen se va de Inglaterra y marcha hacia América donde intenta crear una cooperativa de estilo fourrierista («New Harmony»), que fracasa.

En ella pierde Owen toda su fortuna y regresa a Inglaterra.

A su regreso las cosas habían cambiado mucho ya comenzaba el incipiente movi-



«Los ingleses en su casa. La miseria y sus hijos». Litografía de Gavarni.



Los molinos de pedales en la cárcel inglesa de Coth-Bath-Field (para delincuentes cuyas penas fueran de gravedad media). Diez minutos de trabajo y diez minutos de descanso era el ritmo requerido.

miento obrero y la crítica al capitalismo por parte de los economistas.

Owen se sitúa a la cabeza durante varios años del movimiento sindical, se convierte por sus ideas en el padre del cooperativismo y desde ahí comienza a descender esta vez motivado por su desfase del movimiento real. Muere alejado de todo, unido a prácticas espiritistas y relegado hasta por sus mismos seguidores.

Owen puede considerarse como el más famoso de los socialistas utópicos. Sus seguidores han sido promotores del movimiento obrero. El mismo puede ser considerado, como hemos dicho promotor del cooperativismo. Su idea era la posesión de las fábricas por parte de todos, que todos fueran socios y trabajadores. En su proyecto para socializar Irlanda, viene marcado el nacimiento de las cooperativas, fábricas de productores asociados.

Atravesó dos épocas bien delimitadas desde 1813 a 1823



Robert Owen (1771-1858).

en la que se comporta como un reformador de las condiciones de vida de los obreros, incluso llegó a tener cierto éxito en la legislación laboral de su época.

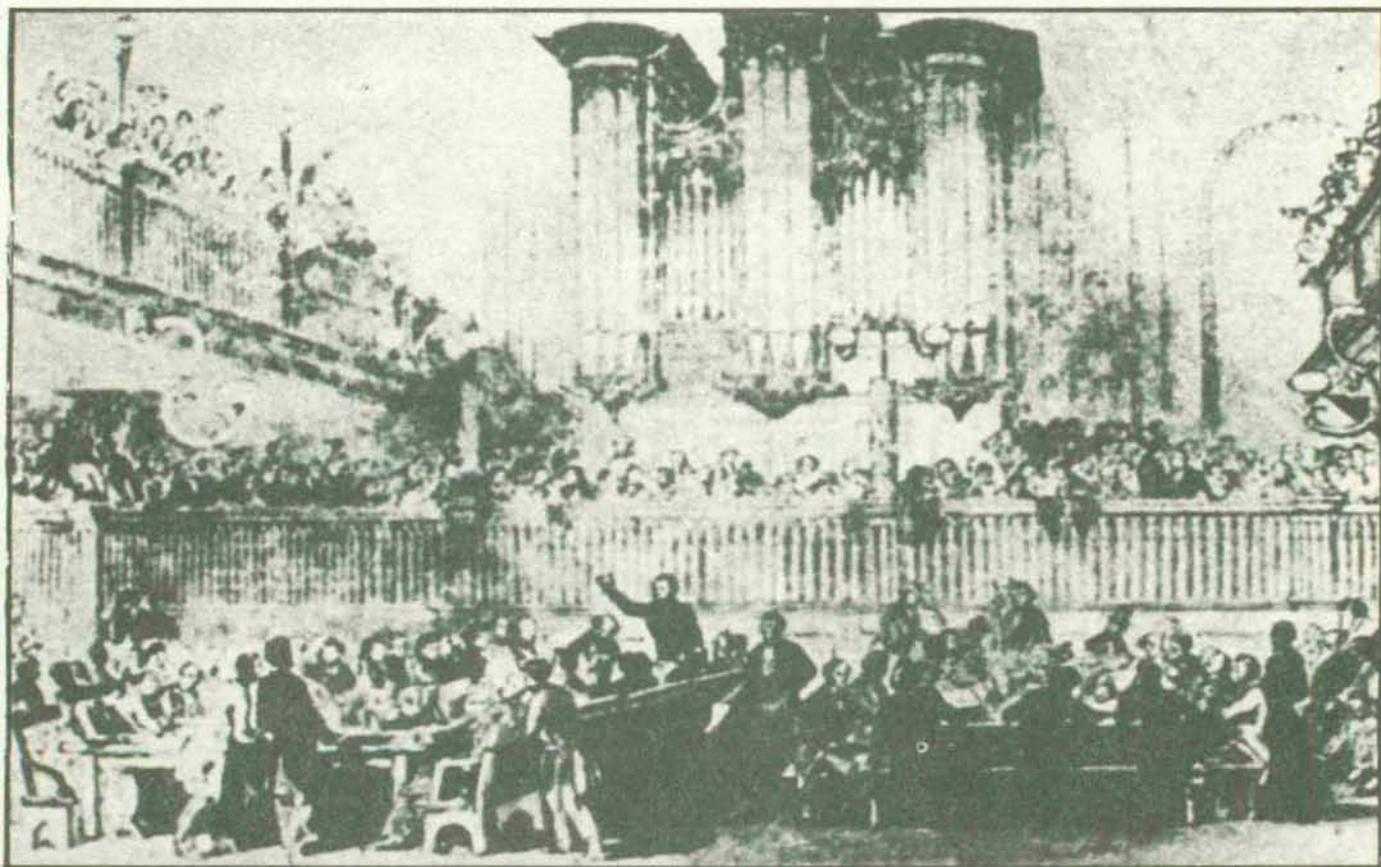
Desde 1824 a 1840, después de su frustrada experiencia en América en que comprende que la culpa de esas condiciones que él luchaba por mejorar

la tenía él mismo sistema capitalista, enseñanza que sacó de los economistas y del movimiento obrero, Owen se convierte en un furibundo anticapitalista.

Pero al contrario que su contemporáneo francés, Charles Fourier, Owen no critica la industrialización, el progreso, sino más bien el sistema creado por él, su tremenda competencia, su comportamiento inhumano.

La última época de su vida carece de importancia, lo cierto es que Owen se convirtió en un mito de los obreros de su época y fue un enemigo de la burguesía a la que no atacaba políticamente. Y esto es importante para comprender que el intento de Owen aunque válido tenía que morir en el reino de la utopía. Enemigo de la violencia, le disgustaba la política. Su fin era predicar con el ejemplo.

Owen fue un crítico de la revolución industrial, aunque su crítica fuera moral. «Los males de la sociedad son causados



La Convención Chartista de abril de 1848, en Londres.

por el afán de obtener una superioridad individual en riquezas, se creará una sociedad que supere esto, donde toda ambición de enriquecimiento personal será eliminada así como cualquier desigualdad en la condición.»

Owen atacaba la existencia de la pobreza, de la ignorancia y consideraba al dinero la raíz de todos los males.

En su libro «El libro del nuevo mundo moral» (1836) sin duda su obra más importante, refleja como será la «futura sociedad». En él se ven muchas de las ideas que los socialistas adquirieron como suyas, aunque no plantease la forma de conseguirlas. El título de «socialista utópico» es, pues, justo.

Es de elogiar como toda la obra, su última frase:

«Amigos míos no temáis. Ha llegado la hora. La victoria está cercana. Y está asegurada de antemano, porque, aunque no constituyan sino un pequeño ejército, numéricamente exiguo, sus soldados se protegen con una armadura impenetrable: la que les proporciona el haber echado por la borda todas las preocupaciones terrenales. Están en vanguardia, han entrado en combate y no cesarán de combatir hasta que

la ignorancia, la falsedad, la superstición, el pecado y la miseria hayan sido ahuyentados de las moradas de los hombres. Hasta que la paz, la razón, la verdad, la justicia, el amor y la felicidad reinen triunfalmente y para siempre sobre la gran familia humana. Hasta que la servidumbre, la esclavitud y la opresión o cualquier otra suerte de mal, sean desconocidos completamente para los hijos de los hombres.»

Icaria

Si en 1830 alguien preguntara ¿quiénes son los comunistas? cualquier persona hubiera respondido que los seguidores de Cabet.

Etienne Cabet (1788-1856) fundó la utopía de los filósofos anteriores a él con la realidad del movimiento obrero. Participó como dirigente en las barricadas de 1830 y fue nombrado procurador general en Córcega posteriormente, desde donde defendió a numerosos prisioneros políticos.

Pero no sólo estuvo a la cabeza de diferentes movimientos, sino que fue el fundador y director del diario «Le Populaire» que llegó, raro en aquella época, a tener una tirada de

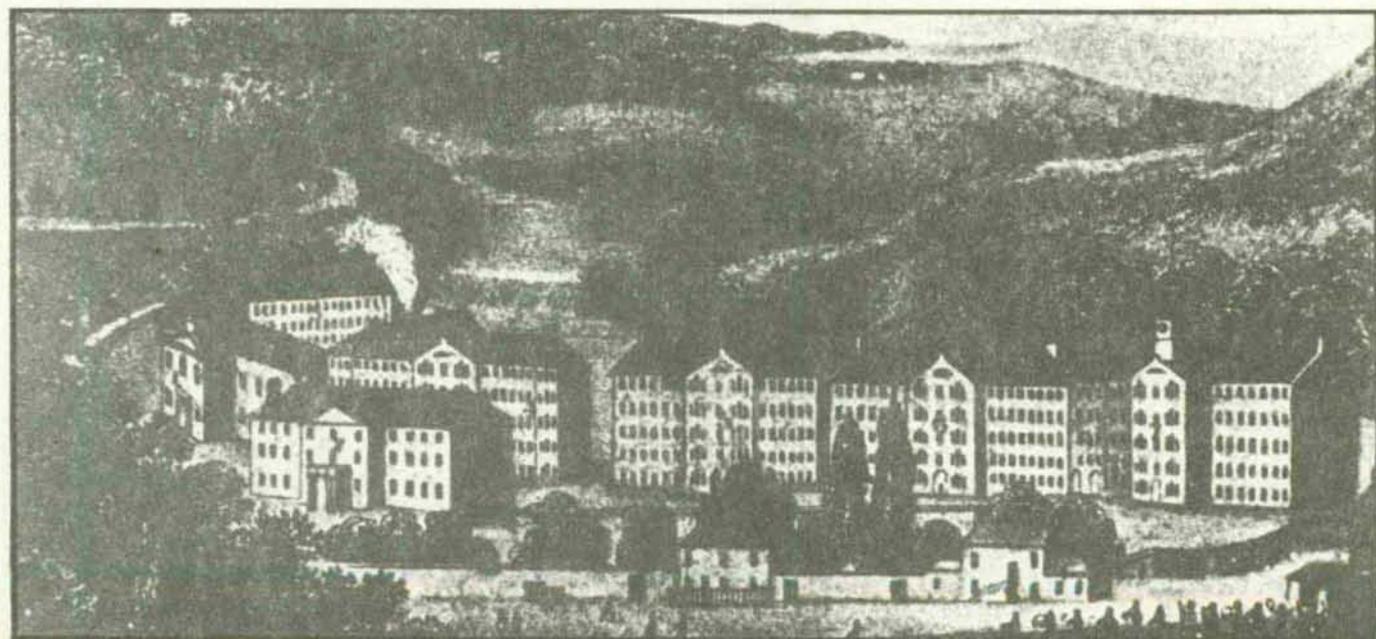
28.000 ejemplares. Este periódico, en lucha constante contra el régimen, fue muy leído por los obreros.

Fue condenado en 1834 por propaganda en contra del régimen y tuvo que exiliarse en Inglaterra. Allí conoció a Owen con el que tuvo bastantes ideas comunes y a quien admiró sinceramente.

A su regreso a Francia escribió el libro «Viaje a Icaria» (1840) y se dedicó a reclutar gente para fundar una comunidad, idea que si bien recogió de Fourier, fue mucho menos idealista en sus planteamientos. En 1849 viajó a Texas donde fundó una Icaria, con signo marcadamente autárquico con más de 1.500 miembros. Allí murió defendiendo sus ideas.

Cabet sale ya un poco del «utopismo» socialista. No digo que no lo fuera, pero lo cierto es que se situó mucho más que los otros en el terreno de la realidad.

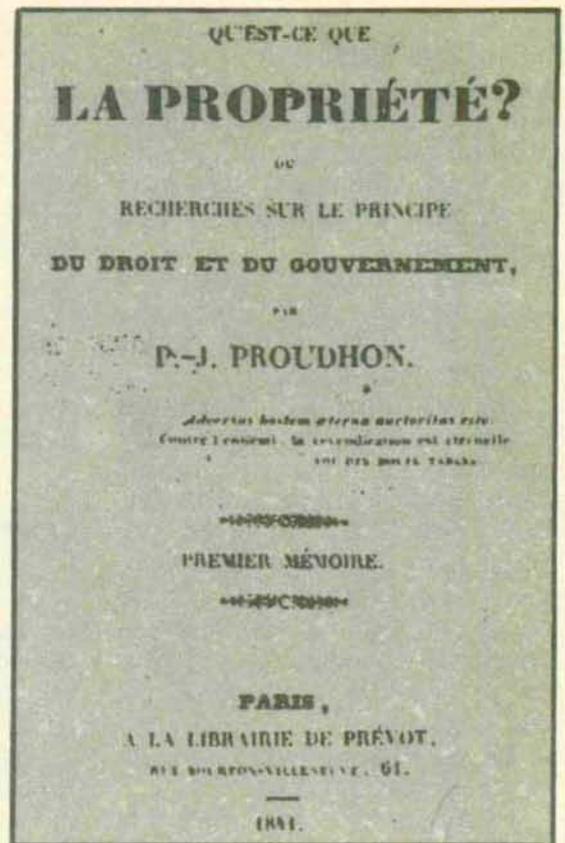
Sus sueños de una sociedad formada por comunidades, la llevó en cierta medida a la práctica. Es, con mucho, más realista que Saint-Simon y Fourier a quienes criticaba el no combatir al régimen. Escribió: «Sueñan, sueñan, no se dan cuenta que el régimen



Vista de New Lanark con fábricas y edificios públicos.



Caricatura de P. J. Proudhon (1805-1865), representado como valeroso destructor.



Portada de la obra de Proudhon: «¿Qué es la propiedad? Análisis sobre el principio del Derecho y el Gobierno» (1841).

opresor está ahí para convertir sus sueños en nada».

Este sentimiento le viene, sin duda alguna, de estar más ligado al movimiento popular, especialmente en su primera época.

Etienne Cabet fue un luchador constante contra la opresión, desde su época de «carbonieri» hasta su muerte.

Su «comunismo» no lo fundamentaba sobre una clase, sino sobre el pueblo.

«Concibo una sociedad donde todos los ciudadanos gocen de los mismos derechos, sea cual sea su condición social.»

Fue muy influido por las ideas de Tomás Moro y se propuso organizar la sociedad que éste había soñado. Para Cabet lo importante eran las transformaciones sociales. «No nos interesa un cambio político, sino un cambio social», pero no obstante fue un luchador político. Es incierta la afirmación de Desanti de que Cabet era un luchador anti-estado. Cabet concebía su comunidad con un

estado dueño de los medios para producir, un estado que organizara la sociedad. Eso sí, un estado que fuera elegido por el pueblo.

Para Cabet, y algo de todo eso fue realidad en Texas, no debía existir la propiedad privada, ningún tipo de apropiación individual. Todos aportaban su trabajo, todos disfrutaban de los mismos derechos. Una comunidad con unos servicios públicos, para ello el Estado se comprometería, totales y al servicio de todos.

Para Cabet, no debe existir el ejército, sino milicias. No obstante Cabet fue quizá un pacifista. Sólo reconoció en una ocasión que la violencia tuviera efectividad, y pronto se arrepintió de ello, allá por 1830.

«Tarde o temprano, todos los hombres comprenderán que el único camino es la comunidad, entonces se asociarán en comunidades libremente. Estoy convencido de que si se produjera una revolución

armada, ésta se vería sofocada de inmediato y los revolucionarios habrían de morir en el exilio.»

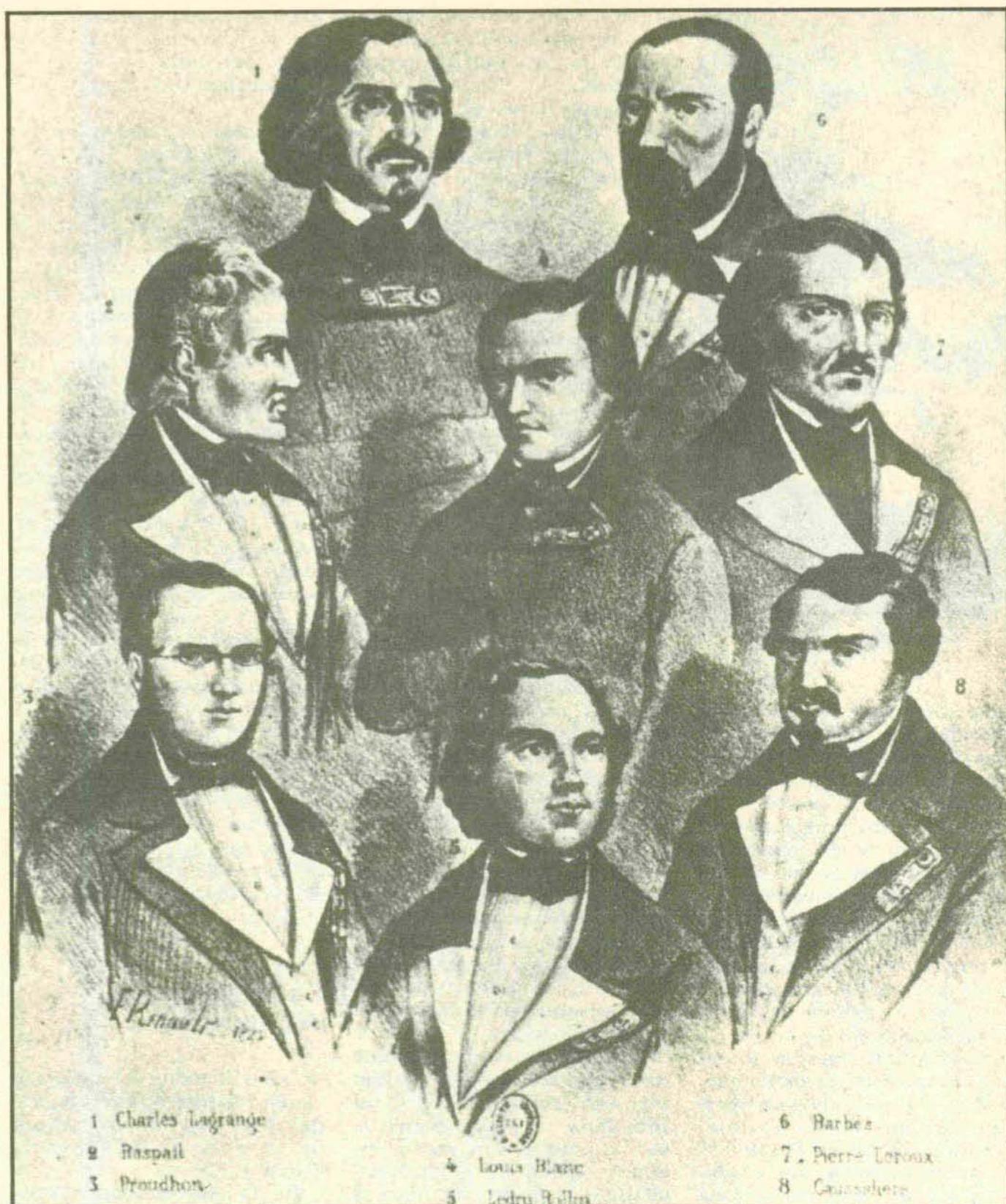
Para Cabet los «movimientos revolucionarios siempre han fracasado.»

Cabet confiaba en que algún día todos, pobres y ricos, se convertirían a las ideas de la comunidad que él «Para ello lo único que hay que hacer es propaganda con el ejemplo, dentro de poco todos vendrán pidiendo un sitio en Icaria...»

El mensaje de Babeuf

En 1830, Michelangelo Buonarroti, explicó las ideas de Babeuf a un hombre llamado Louis Auguste Blanqui (1805-1881), quien recogiendo el legado del maestro, intentó transformar el mundo, convirtiéndose en uno de los revolucionarios más famosos del siglo XIX.

Blanqui provenía de familia



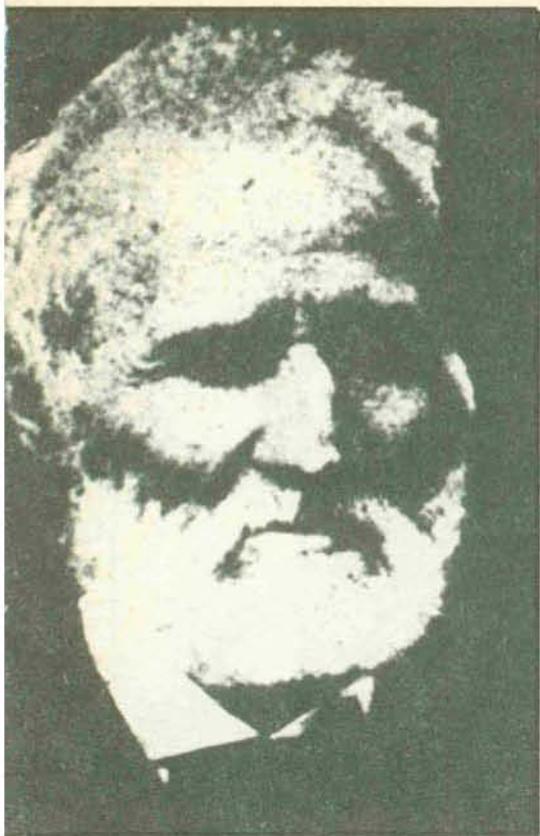
Figuras de ocho representantes del pueblo; entre ellos, los socialistas Proudhon, Louis Blanc y Pierre Leroux.

republicana. Su padre había militado en el ala izquierda de los jacobinos y él pronto empezó a propagar las ideas revolucionarias y se encontró envuelto en los disturbios de la época.

En 1833 fue condenado por su actuación propagandista. En el juicio, al preguntarle el juez por su profesión contestó: «Proletario», y al responder el juez que eso no era una profesión dijo: «¿Cómo que no es

una ocupación? ¡Es la ocupación de 30 millones de franceses que viven de su trabajo y que carecen de derechos políticos!».

En el juicio fue absuelto, se dedicó a reunir colaboradores,



Auguste Blanqui (1805-1881).

preparándolos para una insurrección. En 1839 cree llegado el momento, con 600 hombres trata de tomar París. Adquieren armas en el asalto a los cuarteles, pero pronto son reducidos. No se les unieron las masas parisinas, como creían desde el primer momento.

Blanqui y sus más íntimos colaboradores son condenados a muerte, pena que se les conmuta por cadena perpetua.

Ingresa en prisión y en 1844 es trasladado al hospital en estado gravísimo. Su muerte, dicen los médicos, es inminente. Tanto, que se le deja en libertad para que muera en casa, con su familia. Pero Blanqui se recupera y cuando estalla la revolución de 1848 parte hacia París y crea una organización secreta, llamada Sociedad Central Republicana, con la que intenta dar un golpe de estado.

Es detenido en el intento y estuvo preso hasta 1859, en que otra vez, ésta bajo vigilancia, es puesto en libertad.

Una vez fuera, se dedica con

intensidad a construir sociedades secretas, con las que intentar de nuevo levantarse contra la tiranía.

Blanqui no es partidario de la república democrática, no cree que las elecciones sean la vía para crear una sociedad mejor. El cree en la dictadura de un grupo de revolucionarios que imponga unas condiciones tendentes hacia una sociedad comunista, se define a sí mismo como comunista. Al hablar de la necesidad de la dictadura es más explícito que Marx, incluso que Lenin, pero difiere enormemente de éstos en los medios para conseguirla y en la composición de ella.

Es detenido nuevamente en 1861, encarcelado, pero pendiente aun de juicio, escapa de prisión por dos veces consecutivas.

En 1870 cree llegado el momento de un nuevo intento, esta vez algo más organizado, pero a pesar de eso el intento es abortado. Blanqui es detenido otra vez y condenado a muerte. Los «comunards» de 1871 le quieren cambiar por el arzobispo de París, pero Thiers se niega. En 1879 es sacado de la cárcel, debido a la presión popular.

Blanqui funda un periódico llamado «Ni Dios, ni amo», que se difunde mucho.

Murió en 1881, a la edad de 76 años, de los que pasó 33 en la cárcel. Al entierro de este gran revolucionario acudieron miles de personas.

Blanqui no es propiamente un socialista utópico, como tampoco lo fueron Blanc, ni Proudhon. Se podría decir que son la transición entre Saint-Simon, Owen y Fourier al socialismo científico de Marx y Engels.

Sus ideas prevalecen aún hoy y son denominadas como «blanquismo». No creía en un partido de masas, sino en una élite revolucionaria que tras la toma del poder violentamente implantase una dictadura para llegar al comunismo. Desarrolló sus ideas mucho más lejos

que sus contemporáneos, habló de economía política, de «alta burguesía» y «pequeña burguesía», de «campesinado»...

Sus ideas se pueden resumir en tres apartados.

A) IGUALDAD. Concebía una sociedad con una igualdad total, este pensamiento es recogido de Babeuf.

B) GRUPOS SOCIETARIOS. Fue el primer fundador de un grupo activamente comunista. No creía en los sindicatos ni en organizaciones amplias, por ello no se afilió a la Primera Internacional de Trabajadores. Blanqui creía en el éxito de grupos reducidos, de revolucionarios organizados secretamente.

C) TOMA DEL PODER, por un grupo armado, para implantar —según él dijo— una «dictadura revolucionaria que dé paso a una sociedad más justa, donde a través de la educación se conciencie a las capas ignorantes de las ideas de libertad y justicia.»

Su vida es acción, es propiamente un insurrecto:

«El comunismo de Cabet y el proudhonismo están a la orilla de un río discutiendo si el campo que está al otro lado es de maíz o de trigo, crucemos el río y veremos.»

La organización del trabajo

Louis Blanc (1811-1882) nació en Madrid, no es un pensador nato sino un recopilador de la obra de Saint-Simon, Owen y Fourier.

En la efervescencia revolucionaria de 1830 marcha a París.

En 1839 colabora en varias revistas, hasta que su capital le permite fundar una, llamada «Revista del Progreso», donde publicó su libro fundamental «La organización del trabajo», su obra más difundida.

Louis Blanc fue durante to-

da su vida un reformista y es, y así se le considera, el fundador de la socialdemocracia. Tenía gran fe en la democracia parlamentaria y ése era el camino para llegar a una sociedad más justa. Era pues patente su enemistad con Blanqui, quien opinaba precisamente todo lo contrario.

En su libro expone cual sería el programa de acción. Atribuía al Estado la posición prin-

cipal en la planificación económica. Esperaba que el sufragio universal transformara el estado en un instrumento de progreso y bienestar. Se crearían grandes talleres nacionales a los que irían a trabajar, por el hecho de estar organizada la producción de una forma racional, los mejores obreros. De esta forma, los capitalistas se quedarían sin obreros y no tendrían más «remedio» que



Etienne Cabet (1788-1856).

poner sus industrias al servicio de estos talleres nacionales.

Blanc decía: «Hay que prepararse para el futuro, pero sin romper violentamente con el pasado», el método para que su programa se hiciera era la «razón».

Por su pensamiento Blanc debe figurar entre los precursores del socialismo, pero por su práctica no. Jugó un papel contrarrevolucionario para el movimiento obrero de su época.

En la revuelta de 1848, Blanc representaba a un sector republicano; cuando se calmó la situación, Blanc entró a formar parte del gobierno provisional.

Desde allí se le utiliza para calmar al movimiento obrero. Se le nombra director de la «Comisión de Luxemburgo».

Esta comisión estaba encargada de hacer un análisis de la situación de los obreros, y cuando surgía en algún sitio el más mínimo descontento, el gobierno decía que esperasen a que la comisión acabara su in-

VOYAGE

EN

ICARIE

PAR

M. CABET.

FRATERNITÉ.

<p>Tous pour tous.</p> <p>SOLIDARITÉ ÉGALITÉ—LIBERTÉ ÉLIGIBILITÉ CITÉ PAIX.</p>	<p>Chacun pour tous.</p> <p>ASSOCIÉ JUSTICE SECOURS MUTUEL AMÉLIORANCE UNIVERSELLE ORGANISATION DU TRAVAIL MACHINES AU PROFIT DE TOUS AUGMENTATION DE LA PRODUCTION RÉPARTITION ÉQUITABLE DES PRODUITS SUPPRESSION DE LA MISÈRE AMÉLIORATIONS CROISSANTES MARIAGE ET FAMILLES PROGRES CONTINUEL ABONDANCE ARTS.</p>	<p>ÉDUCATION INTELLIGENCE—RAISON MORALITÉ ORDRE UNION.</p>
--	--	--

Premier droit, Vivre. — A chacun suivant ses besoins.

Premier devoir, Travailler. — De chacun suivant ses forces.

BONHEUR COMMUN.

PARIS

AU BUREAU DU POPULAIRE, RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, 16.

Dans les Départements et à l'Étranger, chez les Correspondants du Populaire

1846

Portada del «Viaje a Icaria», de Etienne Cabet. Las cinco primeras líneas decían así: «Primer derecho; vivir, primer deber: trabajar. Cada cual según sus necesidades. A cada uno según su capacidad. Felicidad común».

forme. Naturalmente jamás se hizo caso a esta comisión, pero Blanc cayó en la trampa.

Blanc fue un furibundo atacante del paro, no concebía sociedad y ésta es su aportación principal, en la que no se garantizase el derecho al trabajo.

En 1871 se opuso a la Comuna de París y trató de mediar entre el gobierno de Thiers y los comuneros, con resultados nulos. Poco a poco fue perdiendo adeptos y posteriormente su personalidad recobró valor y es conocido mundialmente como el «padre de la socialdemocracia».

Nace el anarquismo

No se puede cerrar el estudio sin antes hacer referencia al célebre Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), considerado como el fundador del anarquismo, aunque antes de él hubiera otros autores que pusieron en el movimiento socialista, el germen del anarquismo, principalmente William Godwin.

Proudhon era un hombre de una inteligencia poco común, su obra es enorme y en muchas

de las ocasiones muy confusa. Sin embargo, es tremendamente contradictorio. Es el mismo hombre el que escribe «Dios es el mal» y posteriormente «el ateísmo es todavía menos lógico que la fe». Es el mismo que en un momento vota contra la constitución de 1848 («no porque sea buena ni mala, sino porque es una constitución») y al mismo tiempo aplaude los acuerdos del Congreso de Viena («porque es el punto de partida de la era constitucional en Europa»).

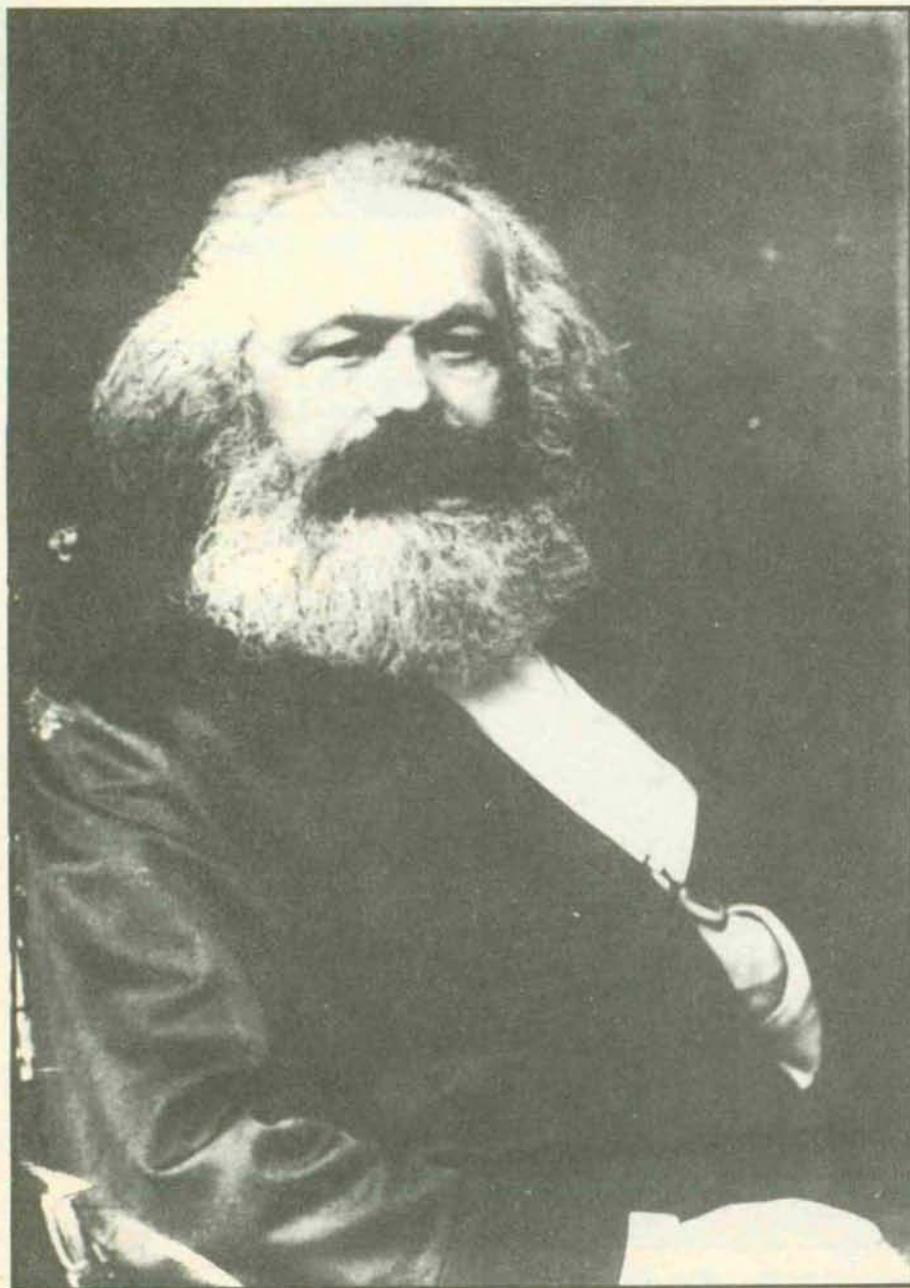
Proudhon se opuso a todos los socialistas utópicos de su época, se reía de las comunidades de Fourier y de Cabet, de la posición de Owen... porque todos adoraban, según él, a la autoridad.

Se puede decir que Proudhon era un anarquista («la república ideal es la anarquía»), aunque por cada afirmación anarquista leamos seguidamente una afirmación autoritaria. La verdad es que Proudhon no vio salida a partir de 1848, le costaba admitir que la burguesía había tomado definitivamente el poder y no confió como dijo Saint-Simon, en esa clase «más numerosa y más pobre».

«Esa clase —escribe— por el hecho de ser pobre, es la más vil, la más egoísta, la más envidiosa, la más inmoral y la más cobarde. La estupidez del proletariado que se contenta con trabajar y permite que sus príncipes crezcan gordos, no tiene límites».

Sin embargo, a pesar de sus contradicciones, Proudhon es uno de los más grandes de la historia del socialismo utópico. Rechazaba el Estado fuera del tipo que fuera, porque «siempre será opresivo».

Es un ardiente defensor de la familia a la que consideraba absolutamente imprescindible. Esta posición le llevó a enfrentarse con otros socialistas de su época, ya que a pesar de que le dio pie para crear sus teorías del federalismo, también le dio



Carlos Marx (1818-1883).

pie para sus ideas sobre la propiedad y sobre la mujer.

Pese a ser un enemigo de la propiedad, lo era exclusivamente de la gran propiedad, pues consideraba sagrada la pequeña propiedad familiar. Consecuentemente con esto, se opuso al impuesto sobre la herencia porque disminuía la propiedad familiar.

Con respecto a la mujer se enfrentó radicalmente a Fourier, a quien ridiculizaba. Para Proudhon, el sitio de la mujer era la cocina y consideraba la emancipación de la mujer sin sentido, pues la alejaba «de su puesto natural».

Aplaudió la dictadura de Luis Bonaparte en 1851 y le llevó rápidamente un proyecto de mutualismo, inventado por él. Según este proyecto se crearía un banco central, idea que extrajo de Saint-Simon, que daría créditos para la constitución de comunidades que

por sí solas eliminarían la necesidad del Estado. Su proyecto no fue atendido.

Proudhon era amante de la libertad total, de la justicia. Fue el creador de la teoría federalista que le llevó a apoyar la pérfida causa de los sudistas americanos.

No podemos dejar a Proudhon sin antes mencionar que gran parte de su teoría fue una crítica mordaz a la religión y a la Iglesia Católica, a la que consideraba germen de muchos males de la sociedad.

Las ideas de Proudhon han tenido una gran influencia, sobre todo en Francia. Su permanente contradicción, quizá no entendida, ha motivado el que entre sus seguidores haya tanto de extrema izquierda como de extrema derecha. Estos últimos debido a su «nacionalismo», sobre todo de su primera época.

Sin embargo, Proudhon ha

sido considerado y en parte con razón como el «primer anarquista» ya que su cofundador, Bakunin, le dio generosamente la primacía.

Los socialistas científicos

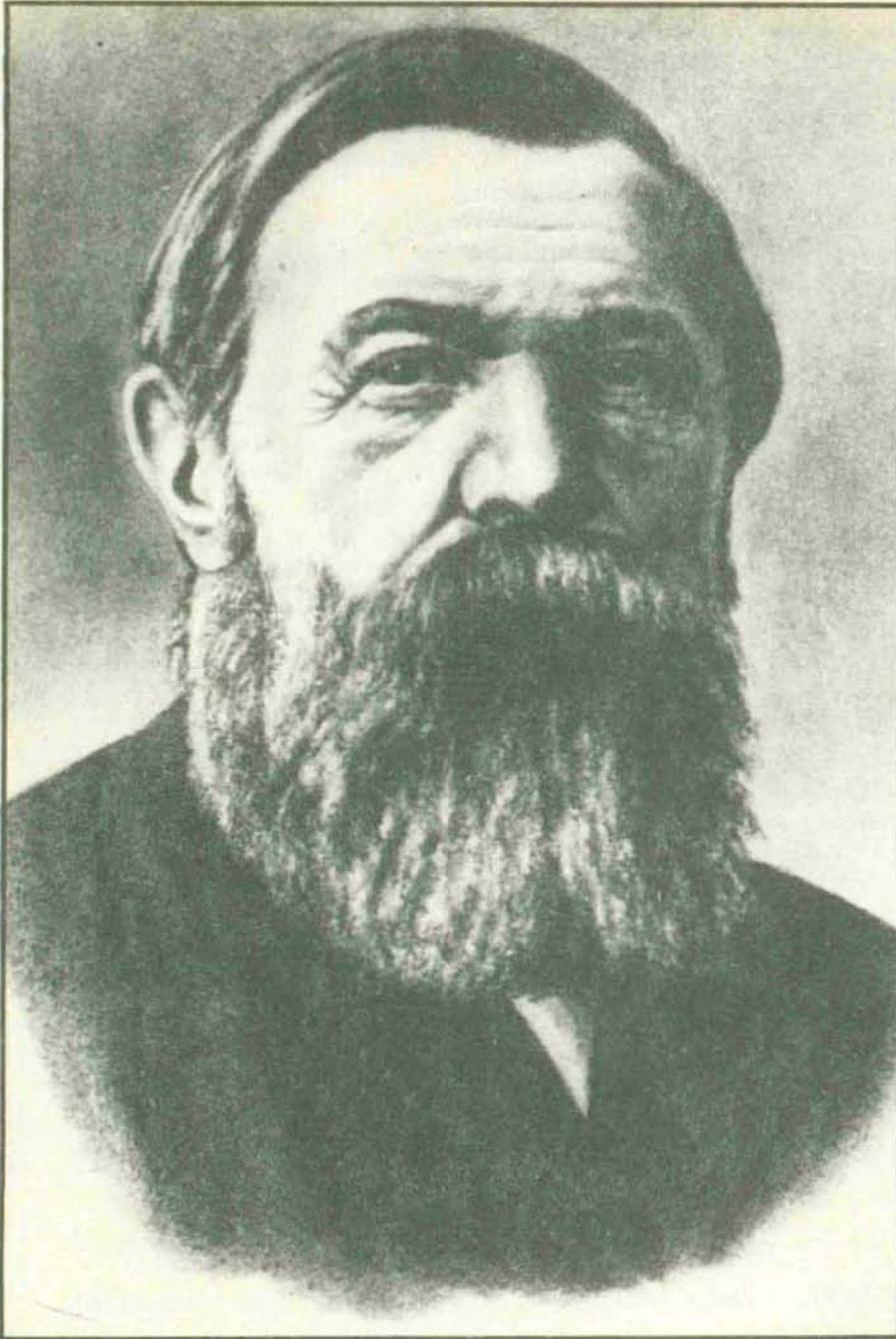
No es propósito de este capítulo exponer la teoría de los socialistas científicos, ni siquiera una leve biografía de Marx y Engels.

A partir de estos comienza una nueva época de la historia del socialismo; incluso por sus críticos, Marx y Engels han sido considerados como hombres capitales del pensamiento socialista.

Más bien, este capítulo trata de ser resumen de los anteriores, y exposición somera de las principales ideas que posibilitaron la creación de la teoría

INTERNATIONAL WORKING MENS ASSOCIATION	N.º 3017	ASSOCIATION INTERNATIONALE DES OUVRIERS
INTERNATIONAL ARBEITER ASSOCIATION		ASSOCIATION INTERNATIONALE D'OPERAIRES
MEMBERS' ANNUAL SUBSCRIPTION CARD.		
..... was admitted a Member on		
the First day of January 186..... and paid as his Annual Subscription		
£.....		
Geo Odger	President of Central Council.
G. W. Wheeler	Honorary Treasurer.
E. Dupont	Corresponding Secretary for France.
Karl Marx	Germany.
Emile Holtorf	Italy.
H. Jung	Poland.
W. R. Cremer	Switzerland.
		Honorary General Secretary.

Tarjeta de un miembro de la Asociación Internacional Obrera, fundada en Londres en 1864 y de la que Marx fue su jefe intelectual y co-fundador.



Federico Engels (1820-1895). «Co-fundador del Socialismo Científico», amigo y colaborador de Carlos Marx.

socialista basada en el método científico.

Marx, principalmente, y Engels supieron conjugar la filosofía alemana, la teoría económica inglesa y el socialismo francés y, al fusionarlos, crearon el materialismo histórico y el materialismo dialéctico.

La interpretación de la historia por Marx es enorme, es una obra en la que desmenuza todas las contradicciones inherentes en la sociedad, analiza con cerebro de laboratorio la historia. Digamos, pone a la

historia a nivel de otra ciencia más.

El socialismo utópico no podía ir más lejos. Lo que se trataba era de descubrir un sistema más justo, más humano de sociedad.

Es utópico porque fundamentalmente trataba de implantar ese nuevo orden social desde fuera, mediante experimentos que sirviesen de modelo. Nacían, como dice Engels «condenados a moverse en el reino de la utopía».

En su «Socialismo Utópico»,

Engels escribe: «Las teorías socialistas incipientes no hacen más que reflejar el estado incipiente de la producción capitalista, la incipiente condición de clase. Se pretendía sacar de la cabeza la solución de los problemas, latente todavía en las condiciones económicas poco desarrolladas de la época.»

Marx fue capaz de aunar la filosofía alemana, el socialismo francés y la teoría económica británica, porque ambas tenían una raíz común: el liberalismo. Al fusionarlas Marx dejaba al descubierto su pasado y aportaba al movimiento socialista una explicación detallada y una crítica científica a la sociedad burguesa.

El socialismo utópico había llegado a su fin. Marx descubrió el «velo ideológico» que mantenía intacta la sociedad burguesa. Explicó el funcionamiento de la plusvalía y asentó las bases de la revolución proletaria.

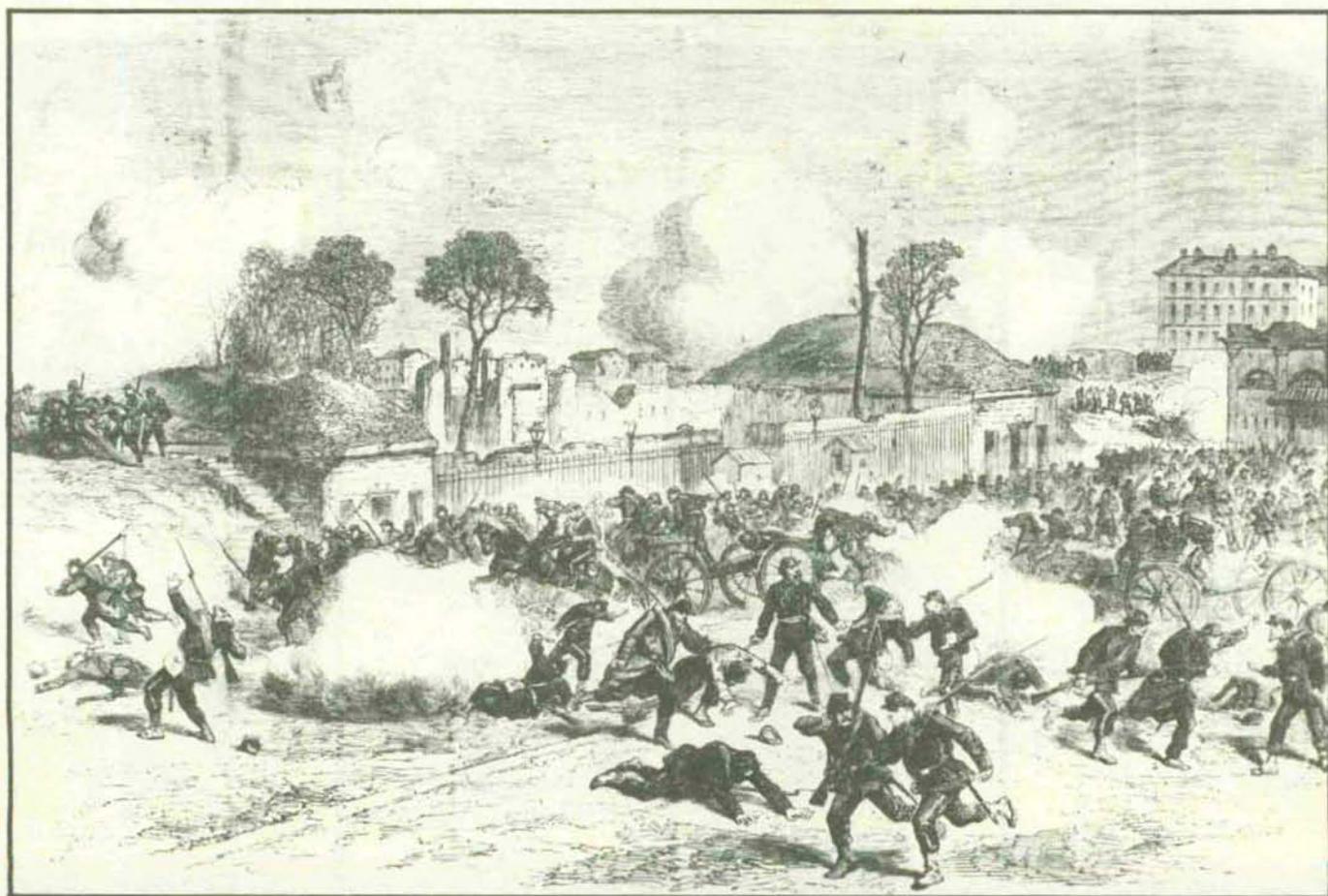
Cerramos este trabajo con una aportación singular, donde Marx resume estas conclusiones. Son páginas concentradas, pero lo único que se puede hacer es copiarlas enteras. Se trata del prólogo a la «Crítica de la Economía Política»:

«En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona al proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es lo que determina su ser, sino, por el contrario, el ser social es

lo que determina su conciencia. Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad chocan con las relaciones de producción existentes, o, lo que no es más que la expresión jurídica de esto, con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí. De formas de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en trabas suyas. Y se abre así una época de revolución social. Al cambiar la base económica, se revoluciona, más o menos rápidamente toda la inmensa superestructura erigida sobre ella. Cuando se estudia esas revoluciones, hay que distinguir siempre entre los cambios materiales ocurridos en las condiciones económicas de producción y que pueden apreciarse con la exactitud propia de las ciencias naturales, y las formas jurídicas, políticas, religiosas, artísticas o filosóficas en una palabra, las

formas ideológicas en que los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo. Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción. Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. Por eso, la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que pueda alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos siem-

pre que estos objetivos sólo brotan cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización. A grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso, en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués. Las relaciones burguesas de producción son la última forma antagónica del proceso social de producción; antagónica, no en el sentido de un antagonismo individual, sino de un antagonismo que proviene de las condiciones sociales de vida de los individuos. Pero las fuerzas productivas que se desarrollan en el seno de la sociedad burguesa, brindan, al mismo tiempo, las condiciones materiales para la solución de este antagonismo. Con esta formación social se cierra, por tanto, la prehistoria de la sociedad humana.» ■
J. V.



Escena de la Comuna de París. «Defensa de la Puerta Maillot por los insurgentes». (Grabado de la época.)